— V —

Si la gente era alegre durante el Carnaval, puede afirmarse que el mal humor no se enterraba sólo el sábado anterior a las carnestolendas: permanecía bajo tierra durante todo el año. No faltaba motivo para organizar un baile: las bodas, los bautismos, los días de santo, las fiestas patrias... Se bailaba contínuamente y se daban serenatas a las muchachas casi todas las noches. "Dónde andará la música hoy? En casa de Fulanita o de Men-

gana". Siempre tenían quehacer las dos mejores orquestas de la ciudad: la de Arriola y la de Campodónico.

Don Antonio Arriola era hermano de don Guillermo.

¿Qué importancia tenía don Guillermo? Casi nada: fue varias veces Presidente Municipal de Hermosillo, en los tiempos en que el giiero Aguilar era Prefecto. Don Antonio Arriola tenía su orquesta, que dirigía desde su violín. Buen músico don Antonio, era, además, prestigiado Juez de Paz. Se hizo tan popular que aún cuando no fuese su orquesta la de turno, en los toros o en el beisbol, los de Sol pedían siempre:

—¡Toca, Arriola!

El otro director, Rodolfo Campodónico, es el héroe de esta narración y sobre él se dirán muchas cosas. Lo merece. Fue un hombre de bien, gran artista y buen amigo. Su popularidad se extendió por Sonora y Sinaloa y es actualmente un prestigio nacional. Además de dirigir su orquesta —de diez profesores— Campodónico componía dulces melodías. Sus danzas y sus valses han traspasado las fronteras patrias, dándole merecida fama en varios países.

¿De dónde vino? ¿Dónde nació? Hay que seguir, lector.

Este libro es propiedad de la
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO
La persona que lo posea sin permiso del Gobierno o comercie con él, será penada por los Tribunales.
GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

— VI —

Es curiosa la vida provinciana en la frontera. Hasta 1910 hubo una división tan fragmentada de la sociedad, que ya no solamente se hablaba de pobres y ricos. Había familias de primera, segunda y tercera. Las ultra-refinadas se llamaban de "púlman". ¡Qué esperanzas que las de una clase se mezclaran con las de otra! Lo más notable es que la diferenciación partía, no de los recursos materiales de cada familia, sino del nombre, del preten-

dido abolengo. Había gentes de primera que se morían de hambre, antes que trabajar en oficios corrientes. Sus hijos tenían que ser abogados, médicos o banqueros. Se enguantaban las manos a pesar del calor y se cuidaban escrupulosamente las uñas. Muchas familias de primera y de "púlman" tuvieron que salir a Estados Unidos en la época de la revolución, y como allá el que no trabaja no come, se vieron en la necesidad de desempeñar las funciones más elementales en lavanderías y restoranes. A pesar de que perdieron el brillo de las uñas, los gomosos de Sonora siguieron soñando en privilegios y distinciones, allá en Los Angeles, la ciudad más mexicana de California.

Durante la dictadura porfiriana la diferenciación de clases era tan marcada, que el paso de una categoría a otra tardaba en realizarse varios años. Había desde luego ricachones a quienes nada importaba que los considerasen de segunda o de cuarta, si con su dinero eran bien atendidos hasta por la gente de "púlman"; pero un hombre laborioso, aún cuando llegase a percibir considerable soldada, tenía que permanecer abajo, sin que se tomaran en cuenta su conducta ni su cultura. ¡Había cada sopenco en la "jailáif"! Hasta para circular en los parques se practicaba la división: en un carril transitaban los principales y por el otro los desheredados.

Las diferencias de clases sólo se olvidaban a la hora de las parrandas. Cuando, después de una suculenta comida en casa del "Tamazula", rociada

con vinos importados, el aristócrata se iba a la calle de Chihuahua, la vida se volvía distinta. De tú le hablaban el cochero, la celestina, el bolero, la pupila, la que servía las copas y todo el que fuera llegando por ahí. Si después de la borrachera diurna se animaba a "sacar la música", todos los filarmónicos eran sus amigos íntimos:

—Oye, "Champ", vamos a llevar serenata a mi muchacha.

E iban. Mientras el grupo de tipitos seguía libando coñac o buen mezcal, la orquesta plañía los valses de moda, las últimas danzas románticas, los más gustados chótis. A veces se oía una petición:

—Oiga, máistro. Tóqueme "Recuerdo", con introducción de "Amor Imposible".

Y el ronco violoncelo, aprovechándose del silencio nocturno, se ponía a llorar las notas de Enrique Navarro, el compositor más panzón que produjo Sinaloa.

Perdidas las distancias sociales en noches de serenata, los músicos más populares de Hermosillo adquirieron la cotumbre de tutear hasta a los hombres más "encopetados" de la ciudad. Campodónico no trataba de usted ni al gobernador. Era bien recibido en todas partes e iba con su sonrisa, diciendo gracejadas en todos los círculos. Lo querían lo mismo las gentes de escritorio, que de mostrador, que de pescante.

A pesar de la obligación que tenía de trasnochar contínuamente, jamás probó una copa de licor. "Champ" era abstemio por temperamento,

quizás no por virtud. Sus vicios capitales eran el cigarro y el café. Fumaba cigarrillos de torcer, como los "México y España", de Mazatlán, y bebía en grandes tazas el café negro, sobre todo cuando tenía preocupaciones o estimulaba su inspiración para parir un vals.

Como Díaz Mirón en su poesía: "hay plumajes..." el maestro Campodónico no se manchaba al contacto de las gentes de parranda, cualesquiera que fuesen los sitios frecuentados. Al otro día se presentaba como un caballero y era efusivamente recibido dondequiera. Por la pureza de su vida y el afán que puso en dignificar a los suyos, el buen Rodolfo formó un hogar dichoso, bien considerado en Hermosillo. Su familia figuró entre las de primera y tuvo siempre buenas relaciones en la ciudad de los naranjos.

"Champ" ganó dinero suficiente para dar a sus hijos comodidades y educación. Se afanó por ellos y triunfó en su empeño.

— VII —

En cada ciudad mexicana se populariza un sitio de predilección. No es buen hermosillense quien no estima su alameda. El parque "Francisco I. Madero" tiene atractivos suficientes para gustar. Por sus callejuelas han discurrido bellas mujeres. Muchos jóvenes románticos despetalaron ahí los girasoles, inquiriendo el sí o el nó de sus afanes. Sus añosos naranjos dan los azahares, cuyo perfume dispersa un aire suave y después la fruta, que

no es pecado cortar a discreción. Su calzada de palmas datileras parece ribereña del Nilo y también es dadivosa. Sus fuentes de agua clara, donde se retratan el cielo azul y las nubes viajeras; todo ello y el ambiente acogedor, han hecho de este parque el rincón más placentero de Hermosillo.

En las tardes de concierto dominical, la orquesta plañía junto a la fuente de la entrada o en un kiosko de ladrillo, que se construyó en el crucero de dos calles importantes. Campodónico dirigía ahí —el cornetín a guisa de batuta— las piezas más en boga, intercalando los valses que él mismo componía y que tanta fama le dieron en el noroeste. Siempre alegre y jovial, saludaba a todo el mundo con su eterna sonrisa. Le tenían admiración y cariño gentes de muy diversa condición: los capitalistas o "lobos gordos", los dependientes de comercio, los obreros, las "sirvientas" de casas ricas.

La orquesta de "Champ" se componía de diez competentes filarmónicos y el "cita". (1) El compositor famoso tocaba habitualmente el cornetín; pero sabía hacerlo en todos los instrumentos. Desde niño se aficionó a la música y tenía vocación por ella. Comenzó tocando el triángulo, después aprendió el flautín y así sucesivamente fue estudiando flauta y clarinete, pistón y barítono, chelo y contrabajo. Era gordo y bonachón. Afable y dicharachero. Repetía los mejores chascarrillos de actualidad o los improvisaba con gracia y donaire.

(1).—El "cita" es un muchacho importante. Sirve para armar los atriles, cambiar los papeles y se encarga de citar a los músicos cuando hay trabajo urgente.

Campodónico era pitiqueño por los cuatro costados. El músico de los naranjos y de las bellas señoritas de aquella capital. Sus mejores valses llevaban nombres de muchachas: Elenita, Luz, Lolita, María Luisa, Mema... y muchísimos más. Casi no había una mujercita guapa de Hermosillo a quien "Champ" no dedicara un vals. Los noviazgos se formalizaron siempre con esa dedicatoria. Así llegó Rodolfo a adueñarse del corazón de los y de las hermosillenses. Como buen gordo, era también noble y risueño. Dedicado a su música y a la educación de sus hijos, no tuvo tiempo para el chisme (tan común en los pueblos) ni para la política (que se deriva de los chismes). Era un burgués de empuje y tenía todas las voluntades en su favor.

Lo recuerdo con su cuerpo robusto, su mirada clara y atractiva, su cabeza grande y de amplia frente y sus bigotes a la Ricardo Bell. Su cara era colorada. Lleno de vigor y de energías, pude observarlo en dos épocas trascendentales de su vida: a raíz de haber escrito el "Club Verde" y en los días gloriosos de la revolución constitucionalista —1913— cuando Carranza llegó a Hermosillo. Y esta pequeña biografía de "Champ" se ha de referir con mayor extensión a esas dos etapas de su existencia fecunda.

— VIII —

De acuerdo con el certificado que tengo ante mi vista, suscrito por el presbítero don Martín Portela, Vicario General de la Diócesis de Sonora y Cura encargado del Sagrario Diocesano: marcado en el libro de bautismos con el número 8, que empieza el día 15 de febrero de 1865, en la página 223, a la vuelta, se encuentra una partida del tenor siguiente:

"Al margen —565— RODOLFO VICTOR

MANUEL PIO CAMPODONICO. Dentro lo que sigue:

"En la Iglesia Parroquial de Hermosillo —Sonora— a los veinticuatro días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y seis, yo el Cura y Vicario Foráneo licenciado don Florencio Molina, bauticé solemnemente y puse los Santos Oleos y Crisma a un niño nacido el día tres del mes actual y año, a quien puse por nombre RODOLFO VICTOR MANUEL PIO: hijo legítimo de Juan Campodónico y de María de los Dolores Morales. Fueron sus padrinos José López y María Ignacia Irigollen, a quienes advertí su parentesco espiritual y demás obligaciones. Y para constancia lo firmé. Lic. Florencio Medina.—Una rúbrica.

Concuerda fiel y legalmente con el original a que nos referimos y que obra en este archivo Parroquial de nuestro cargo, y, para los fines que convengan... etc".

Del certificado anterior se desprenden los siguientes datos:

Nació el 3 de julio de 1866.

Era hijo legítimo de don Juan Campodónico y de doña María de los Dolores Morales.

Como descendía de un italiano, además de RODOLFO se llamó Víctor Manuel y Pío (rey y papa).

Lo llevaron a bautizar don José López y doña María Ignacia Irigollen (con elle).

De acuerdo con los datos proporcionados por José Márquez, de 97 años de edad, residente en

Guaymas, don Juan Campodónico era de la provincia de Génova y parece que antes de venir al puerto sonorense, había pasado unos meses en Estados Unidos. Eso sí, don Juan era, como su colega el de Mañara, un joven apuesto, de veinte a veintitrés años de edad, de carácter afable y de muy buen trato, que pronto se hizo popular y simpático a todos. Llegó a Guaymas allá por el sesenta, cuando no había tantos requisitos de migración para entrar al país.

Don Juan Campodónico era hábil y diestro para tocar hasta tres instrumentos a la vez, metiendo mucho ruído con ellos aún cuando producía una música acompasada y agradable. Cuentan que con sus notas don Juan ponía de buen humor a sus oyentes y hasta reanimaba a los enfermos que le escuchaban. Sus instrumentos consistían: en una flauta múltiple, como la que usara el Dios Pan y a la cual don Juan llamaba "la flauta mágica" (era de carrizos delgados y se la amarraba al cuello, para sonarla sin necesidad de las manos). El segundo era una guitarra grande, de muchas cuerdas. El tercero un tamborcillo que tocaba con el codo del brazo izquierdo, ya que las dos manos se ocupaban en tocar la guitarra. Seguramente que don Juan usaba también una pluma en el sombrero.

Tan pronto como Campodónico —el viejo— fue conocido en Guaymas, su música se popularizó y fue llamado "el hombre orquesta". Daba audiciones a domicilio —de paga, se entiende— y cuando reunió los recursos necesarios, se dió maña para

organizar una corporación musical que tuvo gran éxito en audiciones públicas y privadas.

Ya con fama y algún dinero, don Juan se pasó a Hermosillo, donde vivió mucho tiempo y formó una buena banda de música, en la época en que era gobernador de Sonora el general don Ignacio Pesqueira, quien estimó y protegió al pintoresco genovés. Don Juan fue muy estimado por la sociedad hermosillense y se labró una brillante situación en su seno.

Campodónico —el viejo— contrajo matrimonio con una señorita de Oposura (Moctezuma) y de ese matrimonio hubo tres hijos: dos mujeres y un hombre. El hijo varón se llamó —eso ya lo sabemos —Rodolfo y se hizo más notable y más célebre que su papá.

Las hijas crecieron en Hermosillo: una se casó con el licenciado Manuel R. Parada —hombre probo y raro— y la otra con un celador de la Gendarmería Fiscal.

Con el cambio de la política en Sonora, don Juan quedó postergado y cuando regresó a Guaymas la emprendió en el trabajo agrícola, en una posesión que se llama "El Valiente" y que dista cuatro leguas del puerto, sobre el camino de Hermosillo. No dejó por eso de ejercer su profesión de músico. Otro de los grandes amigos que tuvo don Juan Campodónico, atraído por su música, fue el famoso general José Guillermo Carbó, quien había figurado tanto en las campañas del Yaqui.

Don Juan Campodónico, cuando cumplió los sesenta.